

J.J. de Armas Marcelo – Novelista
“De la locura de leer”

En la historia de la literatura moderna hay novelas excepcionales cuya lectura suele generar en los millones de lectores que se acercaron a sus páginas multitud de interpretaciones. De entre esas grandes ficciones podemos citar: “Ulises” de Joyce, “Moby Dick” de Herman Melville y, sobre todo, “Alicia en el país de las maravillas” de Lewis Carol. Son novelas sin tiempo exacto que provocan la hipnosis que llamamos “la paradoja del lector”, que consiste básicamente en la adicción casi enfermiza que sobre el lector provoca el acto mismo de la lectura. Pasa con las novelas antes citadas, y, claro, con “El Quijote”.

Sucede que el vicio solitario de la lectura provoca de inmediato en los lectores-no-normales el sentimiento pasional de la emulación. A los escritores se les suele preguntar insistentemente qué fue lo que les convirtió en escritores. Y en la mayoría de los casos la culpa de la vocación del escritor la tiene la lectura.

Iñigo de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, era un “paje galante alegre y vividor... gran amante de la buena ropa y de la buena vida”. Tras caer herido en combate es llevado en litera hasta Loyola. Así comenzará una larga convalecencia que ha de conducirle inexorablemente a una transformación total, lo que los cristianos llaman “la conversión”. Durante la primera etapa de su convalecencia al herido no se le pueden suministrar las novelas de caballería (Amadís de Gaula en particular) con las que, hasta ahora, ha alimentado los sueños de sus pasiones. Allí sólo hay vidas de santos y una “Vita Christi” de Ludolfo el Cartujo. De la lectura de aquellas vidas surgió el deseo de la emulación, la locura de la imitación y poco después se produjo la mutación del soldado, etapa en la que fueron frecuentes fenómenos supranormales y visiones celestiales. La lectura repetitiva de los libros citados trastornó al soldado que iba para héroe militar y galante caballero, y le cambió la vida hasta querer convertirse en uno de aquellos santos cuya vida relataba tan perfectamente Jacobo de la Vorágine.

Esa locura no está lejos de la locura mística, pero está mucho más cerca de la que – según las crónicas históricas y literarias – provocó la lectura en el viejo hidalgo Alonso Quijano el Bueno, exacta y exclusivamente la lectura de las novelas de caballería, (de las que, antes de la herida recibida, era tan devoto el soldado que luego llegó a ser San Ignacio de Loyola), hasta transformarlo en el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.

Igual que los seguidores del santo de Loyola, los múltiples exégetas del inventor de El Quijote suelen perderse en laberintos espléndidamente argumentados para justificar sus interpretaciones. Y sin embargo, a algunos se nos sigue ocurriendo que El Quijote es una fábrica de fantasías que Miguel de Cervantes se inventó con el objetivo de huir de todo aquello que fue su vida, una suerte de venganza frente a sus fracasos personales que lo arrastraron al descrédito social y económico. Para su autor, El Quijote es un exorcismo de la realidad que le es hostil, un conjuro a través del que el escritor establece un pacto secreto con su propia irracionalidad y consigue, gracias a la ficción que imagina, escaparse de los perseguidores.

El destino de esa venganza escrita por Cervantes no es otro que el de conseguir electrizar a quienes caigan en las redes de sus páginas a todo aquel ser humano que se entregue a la lectura y se deje llevar por ese fantástico vicio solitario.

Miguel de Cervantes es un aventurero, un ser que vive una época que se sitúa entre dos mundos y que decide escribir un libro abierto, una novela de caballería en la que se describe el elogio de la extraordinaria locura del protagonista, el Caballero D. Quijote, a la que llega tras leer enloquecidamente las novelas de caballería. En ese elogio de la locura, hay implícito por lo tanto, no sólo una crítica de la lectura y las costumbres de la época, sino un elogio – más o menos oculto y disimulado – de la locura de leer. D. Quijote sobrevuela la realidad hasta escaparse de ella y llegar a un mundo imaginario en que se cree lo que es – un caballero andante – porque es lo que se cree. Mientras tanto, Sancho, el hombre del pueblo, camina a ras del suelo y lo pone todo en duda.

La locura de leer de Alonso Quijano el Bueno transforma al lector de novela de caballería en el personaje central de la novela moderna, lo eleva a una categoría universal y lo eterniza en el tiempo en los millones de lectores que se han acercado a las páginas de la aventura cervantina y han quedado como luciérnagas en la luz, hipnotizados por la tiranía de la belleza literaria de una obra, El Quijote, aun no superada después de tantos siglos.